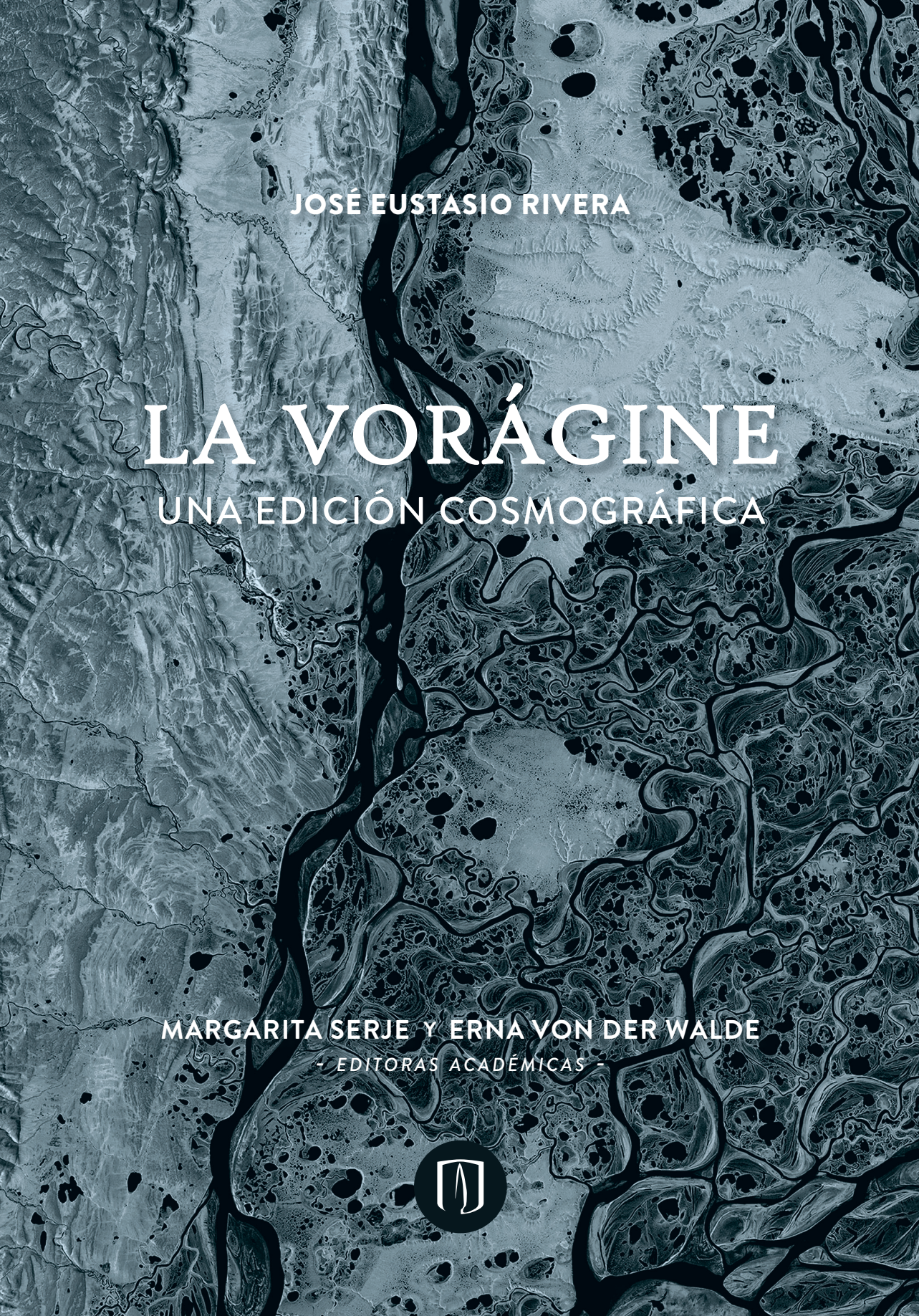


JOSÉ EUSTASIO RIVERA

LA VORÁGINE

UNA EDICIÓN COSMOGRÁFICA

MARGARITA SERJE Y ERNA VON DER WALDE

- EDITORAS ACADÉMICAS -

LA VORÁGINE

–

Una edición cosmográfica

LA VORÁGINE

Una edición cosmográfica

José Eustasio Rivera

Margarita Serje y Erna von der Walde
(editoras académicas)

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Antropología

Nombre: Rivera, José Eustasio, 1889-1928, autor. | Serje de la Ossa, Margarita Rosa, edición académica. | Von der Walde, Erna, edición académica.

Título: La vorágine : una edición cosmográfica / José Eustasio Rivera ; Margarita Serje y Erna von der Walde (editoras académicas)

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Ediciones Uniandes, 2023. | xxxiii, 373 páginas : ilustraciones ; 17 × 24 cm.

Identificadores: ISBN 978-958-798-353-1 (rústica) | ISBN 978-958-798-354-8 (electrónico) | ISBN 978-958-798-353-1 (epub)

Materias: Rivera, José Eustasio, 1889-1928. Vorágine – Crítica e interpretación | Orinoquía (Región) – Condiciones sociales | Amazonas (Región) – Condiciones sociales | Orinoquía (Región) – Condiciones económicas – Siglo xx | Amazonas (Región) – Condiciones económicas – Siglo xx

Clasificación: CDD 863.4–dc23 SBUA

Quinta edición: Editorial Andes, Nueva York, 1928
Esta edición: enero del 2023

© Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales
© José Eustasio Rivera
© Margarita Rosa Serje de la Ossa y Erna Von der Walde, edición académica

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque Tm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
http://ediciones.uniandes.edu.co
ediciones@uniandes.edu.co

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales
Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 5567
http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co
publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-798-353-1
ISBN *e-book*: 978-958-798-354-8
ISBN epub: 978-958-798-353-1
DOI: http://dx.doi.org/10.30778/2022.25

Corrección de estilo: Andrea Sierra
Diseño y diagramación de cubierta e interiores: Manuel Salazar Serje
Creación de mapas (pp. 12-13, 26-27, 110-111, 142-143, 206-207 y 224-225): Margarita Serje, Erna von der Walde y Manuel Salazar Serje
Imagen de cubierta: United States Geological Survey (USGS) en Unsplash

Impresión:
Xpress Estudio Gráfico y Digital S. A. S.
Carrera 69H n.° 77-40
Teléfono: 601 602 0808
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación.
Reconocimiento como universidad:
Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964.
Reconocimiento de personería jurídica:
Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia.
Acreditación institucional de alta calidad, 10 años:
Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

Prólogo xi
Roberto Pineda Camacho

Introducción: una edición cosmográfica xv
Margarita Serje y Erna von der Walde

Sobre esta edición 1

Ediciones de *La vorágine* utilizadas como referencia para esta edición 3

Índice de mapas 3

LA VORÁGINE

Prólogo 11

Primera parte 15

Segunda parte 83

Tercera parte 145

Epílogo 211

Vocabulario 213

Índice de topónimos 219

EL COSMOS DE *LA VORÁGINE*

La región orinoco-amazónica en la imaginación republicana

Introducción de *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* 229
Alexander von Humboldt (1816)

Aspecto del país 233
Agustín Codazzi (1856)

El Vichada 241
Fray José de Calasanz Vela (1889)

Algunas observaciones relativas á la posibilidad del aprovechamiento comercial é industrial de la vasta región recorrida por nosotros 245
Santiago Pérez Triana (1897)

Primera exploración de Pasto al Amazonas 253
Rafael Reyes (1902)

Reducción de salvajes (para el trabajo) 259
Rafael Uribe Uribe (1907)

Este maldecido clima 263
Euclides Da Cunha (1909)

La formación de la región orinoco-amazónica como frontera extractiva

El complejo económico-administrativo de las antiguas haciendas jesuíticas del Casanare 277
José Eduardo Rueda Enciso (1989)

Cuiviadas y guajibiadas 285
Augusto J. Gómez López (1998)

De pueblos misioneros a pueblos quineros 293
Carlos Gilberto Zárate (2001)

Garceros y plumas de garza 299
Roberto Franco (1997)

La historia de Julio Barrera, versión guahiba 305
Marcelino Sosa (1988)

'El comercio es el agente más poderoso':
el rol hegemónico de las casas comerciales 313
Fernando Santos Granero y Frederica Barclay (2002)

El endeude en el proceso
productivo de la Amazonía 321
Camilo Domínguez (1976)

Caucheros aterrorizados: rodeados de 'salvajes',
'antropófagos' y 'brujos' 327
Roberto Pineda Camacho (2000)

Atabapo: Funes y la leyenda 335
Ramón Iribertegui (1987)

Denuncia que de los crímenes perpetrados
en el Putumayo por la Casa J. C. Arana y Hnos.
hace Don Benjamín Saldaña Rocca 343
Benjamín Saldaña Rocca (1907)

'El paraíso del diablo': Un Congo británico 349
Sidney Paternoster "Scrutator" (1909)

Carta a Henry Ford 361
José Eustasio Rivera (1928)

Aportes para una bibliografía sobre "el cosmos de *La vorágine*" 365

PRÓLOGO

ROBERTO PINEDA CAMACHO*

La vorágine, nuestra "clásica" novela, a pesar de casi cien años de haber sido publicada (1924), continúa atrayendo lectores debido a su temática, tensión y estilo narrativo. Ni *Cien años de soledad* le ha hecho sombra, como si la selva y las infinitas sabanas del río Orinoco siguieran siendo un tropo que encanta a los lectores de diversos tiempos y latitudes: y ahora más con la conciencia planetaria del lugar de los trópicos húmedos para el futuro del planeta.

Alrededor de *La vorágine* se han organizado múltiples ensayos y escritos. Entre ellos cabe destacar la antología de textos críticos efectuada por Montserrat Ordóñez, ilustre profesora de Literatura de la Universidad de los Andes, fallecida prematuramente. Entre esta multiplicidad de trabajos, la edición que ofrecen aquí Margarita Serje y Erna von der Walde se destaca por ser el fruto del trabajo de muchos años de reflexión cuestionando las mentalidades andino-céntricas sobre el oriente colombiano —las que se traslucen en la mala hora en que un destacado intelectual colombiano aseverara que allende Monserrate, el cerro titular de Bogotá, comenzaba la barbarie. Mentalidades que, como lo advierten las editoras en la "Introducción" de esta *edición cosmográfica* de *La vorágine*, tienen raíces históricas profundas que han sido fuente de la incomprensión que se refleja en las políticas del Estado. Aunque ahora se cuenta con nuevas y más contemporáneas representaciones sobre el "oriente colombiano", no se han destronado del todo las narrativas heredadas de la dicotomía barbarie/civilización, tan cara al siglo xix.

Una introducción pertinente permite a los lectores acercarse al universo del primer gran ciclo del caucho; y a la prevalencia del sistema de endeude, como hilo de la filigrana del sistema laboral y extractivo y de su transformación, en el caso de la Casa Arana, en un régimen esclavista y genocida. Pone en escenario

* Antropólogo e historiador. Profesor titular del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia y autor de numerosas investigaciones sobre la historia y la etnología del Amazonas, entre las que se destacan sus trabajos relacionados con la Casa Arana, los impactos de las caucherías y la experiencia indígena de esta explotación.

la idea central de la unidad de la Orinoquia con la Amazonia noroccidental, expresada en sus dos grandes cuencas e interconectada por el brazo Casiquiare que une el Alto Orinoco con el río Negro, el tercer río más largo de la cuenca del Amazonas, que precisamente Rivera recorrió hasta llegar a la ciudad de Manaos, travesía que inspiró gran parte de su relato.

Esta edición de *La vorágine* también recupera los mapas de la quinta edición, que habían desaparecido de las publicaciones posteriores; además, destaca la lexicografía regional que a bien tuvo Rivera de expresar en su novela. El centro de la propuesta radica en la idea de realizar una *edición cosmográfica* que no solo complementa algunas importantes y relevantes ediciones antológicas de textos y comentarios literarios o históricos en torno a la novela; sino que constituye una aproximación refrescante al invitarnos a viajar desde los tiempos coloniales, pasando por el auge de los nuevos imperios hasta el presente. De forma paralela y contrastiva (a veces a contracorriente), nos enfrenta a otras experiencias, que al leerlas también hacemos propias y que enriquecen de diversas formas nuestra lectura contemporánea de la travesía de Arturo Cova (o sea de Rivera) por los morichales y bajos del Vichada, por las riberas del Alto Orinoco o por los raudales del río Negro.

En la propuesta de una *edición cosmográfica* resuenan, a mi parecer, las ideas de Alexander von Humboldt en el sentido de llevarnos a comprender la novela como un mundo, como una nueva totalidad (a la vez múltiple y singular). Esta idea se ve representada en los textos seleccionados, los cuales están interconectados (palabra cara a Humboldt) de diversas maneras con el viaje de Arturo Cova, por la Orinoquia y la Amazonia, una macrorregión que con justeza las editoras reivindican como una unidad geográfica, histórica y social.

En este sentido, se les permite a los lectores situar, desde otra perspectiva o, rehacer —quizás cada uno a su manera— la experiencia de viaje de los protagonistas de la novela, que están inmersos en una vorágine que los destina a ser devorados por el caucho. A pesar de sus particularidades, los diversos textos funcionan como juego de espejos y de perspectivas, que dan luces —como focos de linterna— sobre la novela.

A mi juicio, bien vale la pena disponer de una nueva y original aproximación a *La vorágine*, a casi un siglo de su primera edición. Por décadas, fue leída bajo un lente andino-céntrico. El mismo Rivera se dio cuenta de esto desde muy temprano, cuando, molesto con un destacado crítico y poeta de su época, declaraba, palabras más, palabras menos, que la novela entre más se lee, menos se comprende. Quizás —añadamos nosotros— porque la crítica tenía que comenzar con el análisis de los lentes de los lectores, que impedían interpretarla de otra forma. Y aunque —también hay que decirlo— la dicotomía barbarie/civilización en alguna medida resuena en la novela misma, ya Rivera se sacudía

en gran parte de ella, como queda de manifiesto en su carta al magnate Henry Ford (incluida entre los textos de esta antología), quien intentó vanamente crear una plantación de caucho en el bajo Amazonas, cuyos árboles sembrados fueron objeto de otra vorágine, esta vez de ciertos hongos que pululan en los bosques cuando los *Heveas brasiliensis* se siembran de forma contigua unos con otros.

En síntesis, la presentación de la novela, su contextualización y la posibilidad de compararla con otras experiencias también textuales sobre las grandes sabanas del Orinoco y de la Amazonia, nos permiten dotar de nuevos sentidos la lectura de *La vorágine*; y también tomar perspectiva frente a las representaciones seculares con respecto al Orinoco y al Amazonas, que aún, lamentablemente, no hemos superado del todo.

Tengo la convicción de que esta cosmografía nos ayudará también a reflexionar sobre las nuevas tormentas que asoman en el horizonte de estas vastas regiones de Colombia, que constituyen casi la mitad del país geográfico.

INTRODUCCIÓN: UNA EDICIÓN COSMOGRÁFICA

MARGARITA SERJE Y ERNA VON DER WALDE

Más lo que no puedo perdonarte nunca es el silencio que guardas con relación a la trascendencia sociológica de la obra [...] Dios sabe que al componer mi libro no obedecía a otro móvil que el de buscar la redención de esos infelices que tienen a la selva por cárcel. Sin embargo, lejos de conseguirlo, les agravé la situación, pues solo he logrado hacer mitológicos sus padecimientos y novelescas las torturas que los aniquilan. [...] La obra se vende, pero no se comprende.

J. E. Rivera, 25 de diciembre de 1926, carta a Luis Trigueros

La literatura latinoamericana desde la independencia hasta la década de 1940 se centró en crear una visión "propia" de los territorios y los habitantes en el marco de proyectos nacionales que buscaban la inserción en la economía mundo. Las literaturas nacionales documentan aspectos que hoy comprendemos como etnográficos, sociológicos, geográficos, históricos, científicos y económicos. Las visiones del paisaje, los "usos y costumbres", las "idiosincrasias locales", los productos, las rutas quedaron consignados en materiales que se consideran hoy parte del corpus literario, entre los que se cuentan relatos de viajes, recuentos históricos, estampas de la vida cotidiana, poesía, descripciones de paisajes, botánica, anécdotas, análisis jurídico, indagación científica y proyecciones utópicas.

La vorágine de José Eustasio Rivera, publicada en 1924, es una obra que logra conjugar este caleidoscopio de aspectos en forma singular. Narra un viaje que comienza en Bogotá y termina en el Alto Río Negro, en el actual territorio brasilero. A través de relatos de diversos personajes que se insertan dentro del hilo central de la trama, se reconstruye el sistema de la explotación cauchera en las cuencas del Amazonas y el Orinoco. Considerada desde su aparición como la "gran novela de la selva" (según el juicio de Horacio Quiroga), la novela de

Rivera quedó encasillada dentro de una noción, que, como se observa desde los primeros juicios críticos que aparecieron en el momento de su publicación, se prestó para proyectar prejuicios e imaginarios sobre la selva y contribuyó a ocultar los procesos sociales que Rivera quería poner en primer plano. La tradición crítica se construyó alrededor de un repertorio limitado de documentos e información sobre la región. Estas carencias atraviesan las lecturas de la novela hasta nuestros días y se hacen palpables en la consuetudinaria atribución de la violencia que se relata en sus páginas a la "barbarie" y el "salvajismo" que supuestamente caracterizan los espacios en los que transcurren los hechos, sin tener en cuenta los procesos sociales que los han configurado. La obra carga todavía con el lastre del determinismo geográfico, lo cual a su vez ha afectado la posibilidad de explorar más en profundidad la que Rivera destaca como su "trascendencia sociológica".

Esta edición quiere hacer eco a esa insistencia de José Eustasio Rivera. Queremos resaltar *La vorágine* como una obra que recoge los procesos que caracterizaron el modelo extractivo-exportador, que fue central para las economías latinoamericanas de finales del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX. Aunque este modelo perdió vigencia durante la fase de sustitución de importaciones que inició con la posguerra, volvió a tomar impulso con la imposición de las políticas neoliberales a partir de la década de 1980. La novela expone la conexión de este modelo económico y político con los procesos de incorporación de regiones "salvajes" y de frontera a la economía global y a la soberanía de las naciones. Rivera sitúa la periferia como centro en la reflexión que propone sobre los procesos de acumulación del capitalismo. En este sentido, la novela establece un diálogo con una serie de obras contemporáneas en América Latina, que se pueden denominar "novelas de la mercancía", entre las que se cuentan *El tungsteno* de César Vallejo (1930), *Canaima* de Rómulo Gallegos (1935) y *¡Écue-Yamba-Ó!* de Alejo Carpentier (1935). Estas son novelas, que, como en *La vorágine*, tratan las transformaciones sociales y espaciales de la producción de mercancías para el comercio internacional.

Hoy, a casi 100 años de su publicación, se cuenta con un copioso corpus de investigaciones sociales sobre los lugares en los que transcurre la trama de *La vorágine*, así como de interpretaciones de sus aspectos literarios. Sin embargo, es poco lo que las unas se nutren de las otras. Si las ciencias sociales tienden a dejar de lado los aspectos literarios de la obra, los estudios literarios suelen situar la historia y los aspectos sociales de los territorios en los que se ubica la novela como elementos del trasfondo. La intención de esta edición es aportar materiales sobre la región para expandir el repertorio de referencias y abrir la obra a nuevas lecturas.

La hemos denominado *edición cosmográfica* porque busca mostrar las líneas de fuerza que organizan el universo de *La vorágine*. De la misma forma en que

Ptolomeo introdujo en su *Cosmographia* un principio de orden basado en las latitudes y longitudes que organizaban el cielo para darle sentido a la geografía terrestre, Rivera organiza su relato a partir de las líneas de múltiples trayectorias y conexiones que, más allá de mostrar los recorridos de trochas y ríos por donde se mueven sus personajes, exponen el entramado de relaciones (entre los seres humanos y los no humanos) que constituyen su universo. *La vorágine* se puede considerar una novela que no solo describe un espacio y su historia, sino que lo inscribe, llenándolo de contenido: en este sentido, constituye una novela cosmográfica. A través del juego entre sus intensas descripciones de paisajes y los relatos de los recorridos de los personajes, la novela inserta en la geografía concreta —en el geoespacio— una serie de escenas que traen a la luz los procesos históricos específicos que le dan un sentido sociológico a la trama. Son como destellos que iluminan la dimensión histórica del escenario regional, una relación en la que la novela y la región se constituyen mutuamente. La lectura de la novela es inseparable de la lectura de la región.

Para destacar la forma en que Rivera confronta la visión que para ese momento se había forjado sobre la región orinoco-amazónica —como "territorios salvajes" abiertos a continua colonización— acompañamos el texto de la novela con un dosier que se divide en dos partes. En la primera, se recogen textos de naturalistas, misioneros, empresarios y funcionarios del siglo XIX y comienzos del XX que fueron fundamentales en la construcción de un discurso sobre la región. La segunda parte contiene una selección de textos que analizan sus procesos históricos, sociales y económicos. Por último, se incluye una bibliografía, que no pretende ser exhaustiva, sobre el cosmos de *La vorágine*.

Uno de los rasgos más notables de *La vorágine* es su dimensión geográfica. Lejos de enfocar una realidad que pudiera ser considerada "local", cubre un amplio ámbito geográfico que no sería posible percibir —ni concebir— desde la perspectiva nacional de cualquiera de los cuatro países en los que se sitúan las escenas de la novela (Colombia, Venezuela, Perú y Brasil). Los recorridos de *La vorágine* revelan la amplia zona donde confluyen las cuencas de los dos principales ríos de la América tropical, el Amazonas y el Orinoco: una región de escala continental, hidrocéntrica, indisoluble, donde se encuentran la cordillera, la selva y las sabanas. Las travesías del relato de Rivera enfatizan su continuidad histórica y geográfica. Rompen con la noción de que hay una Orinoquia (caracterizada por el paisaje de sabanas), distinta de la Amazonia (cubierta de selvas) y separada de los Andes. Esta es la visión que se revela en los mapas de Rivera[1].

1 Véanse las páginas 8-9 y 216-217 de este libro.

La mirada panorámica de Rivera no es solo geográfica. La novela abre un horizonte histórico igualmente amplio, no en términos del periodo de tiempo que cubre el relato, sino en términos de la trayectoria histórica a la que remite. *La vorágine* ilustra tres procesos clave del desarrollo del capitalismo en esta región "periférica".

El primero es la articulación de los Llanos del Orinoco a los circuitos y mercados, inicialmente coloniales y luego nacionales, por medio de la economía y la cultura del hato ganadero. Este proceso comenzó con las Misiones jesuitas del Orinoco. Uno de los aspectos centrales del proyecto misional fue el establecimiento de un sistema de haciendas que funcionó como un gran complejo económico y administrativo (así lo ilustra el texto de José Eduardo Rueda Enciso incluido en esta edición)[2]. En estas haciendas operaba un régimen de "salarios" en especie que incluían productos de diversas procedencias, los cuales se movían a través de una red de tiendas que los jesuitas entregaban en concesión. Se conformó, así, una malla de comunicaciones que conectaba los Llanos con el Atlántico, por vía de los ríos Arauca, Meta y Orinoco y, de manera secundaria, con Santa Fe de Bogotá por los caminos del piedemonte.

Contrario a la idea que prevalece en el sentido común, la interconexión no es un fenómeno nuevo ni "moderno" en esta macrorregión. Existe evidencia de la larga trayectoria de interacciones e intercambios entre las sociedades indígenas que la han habitado (como lo muestra la arqueología del raudal de Atures, uno de sus centros nodales desde el siglo VII antes de la era actual). Estos grupos, integrados mediante un sistema macrorregional de grandes confederaciones multilingües, crearon y mantuvieron una red de rutas de intercambio matrimonial y de comercio de larga distancia que interconectó históricamente esta región con los Andes, el Caribe, el Atlántico y el Mato Grosso. La red de rutas hídricas y terrestres que se había forjado desde hacía muchos siglos, fue usada y, en muchos casos, cooptada por los europeos a partir del siglo XVI. Sus vías fueron recorridas en sus viajes de "descubrimiento" y usadas para ingresar ganados y mercancías y extraer indígenas esclavizados y recursos "naturales".

El sistema de haciendas misionales reconfiguró este espacio y las relaciones sociales existentes, insertando a los habitantes originarios en un nuevo orden. Sentó las bases de la "cultura del hato llanero" no solo en términos del desarrollo de los Llanos como región ganadera. También se encuentra en la base de las relaciones entre colonos e indígenas, que convierten al poblador originario en "invasor" y, al invasor en una agente de "progreso", así como de las relaciones patronales y patriarcales que Rivera describe en la primera parte de *La vorágine*.

2 Véanse las pp. 277-283 de este libro.

El segundo proceso que destaca la novela es el de la expansión del comercio metropolitano. Desde comienzos del siglo XIX, llega un nuevo tipo de comerciante surcando los ríos, cargado de armas y de bagatelas. Estos nuevos mercaderes estaban interesados en explotar toda una gama de productos tropicales que para ese momento cobraban gran interés en los mercados internacionales: maderas, pieles de animales, plumas ornamentales y los productos conocidos entonces como "drogas do sertão", entre los que se contaban frutos de los bosques tropicales, gomas, resinas, plantas fibrosas y cortezas como la quina (así lo ilustra el texto de Carlos Gilberto Zárate incluido en esta edición)[3]. Este conjunto de productos llegó a representar el 10 % del comercio internacional para finales del siglo XIX.

Con el fin de asegurar el flujo de mercancías en esta vasta región —que aparecía una reserva de recursos abierta, abundante y disponible— la nueva generación de comerciantes de productos tropicales enfrentaba un serio desafío: la escasez de mano de obra. Para entonces, las naciones suramericanas habían abolido la esclavitud y eliminado el tributo indígena, los dos pilares de la explotación colonial. Se trataba, entonces, de encontrar un mecanismo que permitiera apropiarse de manera "legítima" de tierras, recursos y trabajo. Esa fórmula fue el endeude, dispositivo que permitió introducir mercancías manufacturadas que venían del mundo industrializado —desde fusiles, herramientas y máquinas de coser Singer, hasta machetes, cuchillos y anzuelos— y a la vez "amarrar" el trabajo de los indios, llaneros, colonos y caboclos que poblaban la región. Las mercancías se usan, desde entonces, como un avance en especie a ser pagado con trabajo o con "cuotas" del producto que esté en boga en el momento, con el fin de garantizar el flujo de cantidades exportables. En el caso de los campesinos llaneros y de los colonos/caboclos que llegan buscando nuevos horizontes a la región, se endeuda al individuo y su familia por medio de un avance en mercancías, cuyos términos los pone (arbitraria e ilegalmente) el comerciante, creando una deuda que nunca se acaba de pagar y que tiene por ello un carácter hereditario. En el caso de las sociedades indígenas, el endeude tiene implicaciones mucho más profundas, pues más que individuos se endeuda la "tribu" entera, lo cual dio lugar no solo a un proceso de esclavización y de apropiación de sus cuerpos, sino de expropiación de su vida comunitaria, de sus paisajes y sus territorios. Así, el endeude de los indígenas ha sido instrumental al genocidio: más allá de forzarlos como mano de obra, implica el exterminio de sus formas de vida social y de manejo de los ecosistemas.

Los comerciantes/exportadores más exitosos crearon cadenas de endeude que incluían a comerciantes menores y a los dueños de los hatos y fundos. De esta

3 Véanse las pp. 293-297 de este libro.

forma, pasaron a convertirse en "patrones" a la cabeza de grandes casas comerciales. Arana en el Putumayo, Suárez en el Beni, Fitzcarrald en el Madre de Dios o Funes en el Atabapo (por mencionar solo algunos ejemplos) usaron la rentabilidad económica de este comercio extorsivo para consolidar su dominio. Además de manejar el negocio exportador, asumieron el rol de autoridades civiles y militares. Aparte de que eran agentes comerciales, pasaron a ser agentes estatales, controlando la política local y, en muchos casos, incluso las políticas nacionales e internacionales. Es en el mundo de Arana, uno de estos patrones, en el que Rivera inscribe algunos episodios de la vida de Clemente Silva, uno de los narradores centrales de la novela.

El tercer proceso histórico que recoge el relato de *La vorágine* es el que vincula a la región con los procesos de acumulación de capital en la economía mundo. A partir de las décadas finales del siglo XIX, las élites latinoamericanas embarcaron a los países de la región en el proyecto de impulso y consolidación de lo que hoy se conoce como el *boom* extractivo-exportador. En la llamada "nueva era imperial", las potencias europeas se encontraban en una competencia febril para acaparar nuevos recursos y territorios, que en el caso de la "rapiña de África" culminó con la repartición del 90 % de ese continente entre siete estados europeos. Los protagonistas de esta carrera no fueron, sin embargo, únicamente los estados imperiales y sus ejércitos, sino un sinnúmero de compañías privadas de carácter a la vez comercial y financiero que buscaban invertir en el negocio de las materias primas. Abrieron nuevas fronteras de recursos buscando aprovechar grandes concesiones, con el fin de sostener la nueva fase del industrialismo.

Para ese momento, el capitalismo se orientaba a la producción y el consumo masivo de bienes, gracias a las innovaciones que se introdujeron con la llamada "segunda revolución industrial", que trajo consigo, además de la aplicación de novedosos procesos en la producción, nuevas industrias asociadas al petróleo, la electricidad y la química y una revolución en el transporte global, basada en el ferrocarril y la navegación a vapor. La obtención de recursos para sostener la enorme escala de las nuevas formas de producción y consumo conllevaba procesos de destrucción masiva, evidentes en el caso de las explotaciones mineras, al igual que en la extracción indiscriminada de recursos "silvestres" (un ejemplo de ello son las plumas de garza destinadas a la boyante industria de la moda, como lo ilustra el ensayo de Roberto Franco que se incluye en esta edición) y en la transformación extensiva de paisajes para la plantación de monocultivos. Este periodo se vio marcado por una política internacional de *laissez faire* y "puertas abiertas", entendida como "libre acceso" a los recursos naturales, impulsada especialmente por Estados Unidos y el Reino Unido.

La macrorregión orinoco-amazónica fue escenario de uno de estos procesos de extracción masiva: el del caucho, que figuraba entre los materiales más

cotizados del momento por la multiplicidad de usos y aplicaciones —en las mismas bandas de la línea de ensamblaje automatizada (inventada por Ford en 1913), en instrumentos y piezas de maquinaria, armamento, redes eléctricas y de telégrafo— y especialmente, en la industria automotriz. El motor de su monumental demanda fue el automóvil, que estaba en esos momentos comenzando a tomarse el mundo.

Entre 1870 y 1914, los países de la región orinoco-amazónica fueron los principales exportadores de caucho silvestre (principalmente las diversas especies del género *Hevea*). Su extracción se organizó en torno a tres ciudades: Iquitos, Manaos y Pará (hoy Belem), que fueron los principales nodos comerciales de este producto a lo largo del Amazonas. Por ser Pará el puerto de salida hacia el Atlántico, en las estadísticas del periodo figura solo Brasil como principal productor de caucho. Sin embargo, también salían importantes cantidades por el Orinoco, desde Ciudad Bolívar, el segundo puerto exportador de este producto. A estos dos puertos llegaba lo que se extraía a lo largo de los que se conocían entonces como "ríos de caucho": los ríos Napo, Purús, Madeira/Madre de Dios, Beni, Acre, Negro, Vaupés, Atabapo, Caquetá/Japurá y Putumayo/Içá y Tapajós, principalmente.

Cuando las grandes firmas industriales trataron de controlar verticalmente la producción del caucho natural en el Amazonas, el principal obstáculo que encontraron fueron los grupos de comerciantes/patrones. Los capitalistas europeos y norteamericanos desarrollaron entonces un esquema de asociación con ellos, por medio de la creación de diversas firmas caucheras que operaban, como la explotación de mano de obra, mediante el sistema del endeude. Estas asociaciones adoptaron diversas formas e involucraron en las principales zonas productoras a distintas poblaciones de indígenas, *caboclos* o mestizos y campesinos-colonos desposeídos. Las Casa Funes (en el Orinoco) y la tristemente célebre Arana Hermanos/Peruvian Amazon Co. (en el Putumayo), a las que hace referencia Rivera en *La vorágine*, figuran entre las muchas que "abrieron" los ríos de caucho al comercio internacional.

Al enfocar estos tres procesos (el de la cultura del hato llanero, el de las rutas de la deuda y las mercancías, así como el negocio extractivo) la novela inscribe dentro de la historia del capitalismo esta región que, como sugiere el título de la obra de Euclides da Cunha sobre el Amazonas, se pensaba como situada al "margen de la historia". *La vorágine* relata un capítulo fundamental de la acumulación del capital. Crea una mirada que contrasta con la mirada imperial, que sistemáticamente ha insistido en ver a la región orinoco-amazónica como un área natural, remota, aislada y despoblada. No sobra recordar que la apertura sin restricciones de los ríos, las selvas y las sabanas al mercado era la bandera comercial de la época, como lo es hasta el día de hoy.

La vorágine se centra ante todo en las experiencias de los llaneros y colonos mestizos locales, de los hombres y mujeres del interior del país que se trasladan a las zonas de frontera en busca de elusivas fortunas, desplazados por las transformaciones en la posesión de la tierra en sus lugares de origen. Es a través de ellos que Cova aprende sobre la región, como se ve claramente en las conversaciones con don Rafo en la primera parte de la novela o en el papel de informante que adopta el Pipa —una especie de bandido menor, conocedor de la región y hablante de varias lenguas— en la travesía por el Vichada. Igualmente, la precepción de la selva y sus misterios se transmite a partir de la experiencia de estos personajes, tanto en el extenso relato de Clemente Silva como en la leyenda de "la indiecita Mapiripana", contada por Helí Mesa, una narrativa de colonos y no, como se ha interpretado en algunas ocasiones, un relato indígena.

La voz de Cova se hace portadora de estas experiencias y visiones y con ellas de una representación de los indígenas mediada por los colonos y caucheros que el narrador encuentra en su travesía. La mirada del colono ve a los indios como una presencia amenazante, que interpreta, guiado por el discurso dominante sobre las razas, a través del prisma del salvaje. Ya no se trata aquí del salvaje caníbal de la Conquista, que tenía como referente las "razas monstruosas" de Plinio, las amazonas o los antropófagos. Es el salvaje del siglo XIX y comienzos del XX, que se define por un afán instrumental, a saber, la incorporación de tierras y gentes a un proyecto nacional orientado por la modernización económica. Cova transmite una visión de los indios que se puede describir, apelando a la imagen de Hannah Arendt, como un teatro de sombras, como figuras que se mueven fantasmagóricamente en el trasfondo: "estas tribus rudimentarias […] no tienen dioses, ni héroes, ni patria, ni pretérito, ni futuro"[4], como lo formula el mismo Arturo Cova, es decir, como vestigios de algo que está pronto a desaparecer.

Sin embargo, a la vez que recoge la mirada del colono, *La vorágine* la desestabiliza. Lo que hasta bien entrado el siglo XX se conocía como "el problema indígena", estaba determinado por la idea del progreso, según la cual los aborígenes y demás pobladores históricos de las selvas y llanuras serían grupos que, al igual que sus paisajes, estarían disponibles y solo podrían ser redimidos sometiéndolos al trabajo y al comercio, en una palabra, a la "civilización". En la novela de Rivera, el comportamiento brutal y salvaje no es el de los indios sino el de los "racionales", como observa el narrador en un momento de reflexión sobre lo que ha aprendido del régimen de la explotación cauchera: "es el hombre

4 Véase la página 92 de este libro.

civilizado el paladín de la destrucción"[5]. El canibalismo, que invariablemente se atribuye a las "tribus salvajes", se evidencia más bien como una característica inherente a la civilización y a las prácticas que acompañan la acumulación del capital. En *La vorágine*, detrás del espejismo del progreso —retratado en las postales de "las vistas del *fábrico* en el Vichada"[6]— solo hay destrucción: "¡yo he sido cauchero, yo soy cauchero! Y lo que hizo mi mano contra los árboles puede hacerlo contra los hombres"[7]. En instantes como estos, la voz de Cova recoge el punto de vista de los indígenas americanos (no solo de esta región), quienes a lo largo de la historia del "contacto" han percibido a los agentes del progreso como ávidos predadores que atrapan a la gente en sus trampas de bagatelas y promesas insustanciales, para devorarlas como verdaderos caníbales, al tiempo en que, a su paso, devoran también los recursos naturales (así lo expresa la versión sikuani de la historia de Barrera, el esclavista, narrada por Marcelino Sosa en esta edición).

Rivera evidencia en *La vorágine* que la celebración de las selvas y llanuras como exuberantes paisajes naturales es señal de su inminente destrucción. A la vez que en la novela se expresan el asombro que despierta la llanura y las odas que inspira la selva, se muestra también que estos ya no son lugares paradisiacos pues están sumidos en la violencia: la violencia contra los indios que son ahora prisioneros en sus propias tierras, donde se les persigue como animales de caza; la violencia esclavista de la explotación del caucho; la violencia de la deuda. Se muestra a los "blancos" como feroces asesinos, tanto en el Llano (donde se masacran indios o se los encadena junto con los mestizos para esclavizarlos), como en la selva (donde todos se consumen en el trabajo en las caucherías).

Una de las características distintivas del "proceso civilizatorio" durante la nueva era imperial fue precisamente que, con el fin de crear las condiciones para garantizar el negocio extractivo, se implantaron verdaderos regímenes de terror. El caucho es un ejemplo de ello. La novela expresa las dimensiones del terror que establece la empresa comercial en la región. Sus protagonistas se preguntan con frecuencia dónde está la presencia de los gobiernos, para concluir que la autoridad está en manos de quienes tienen las armas, es decir, en manos de empresarios y comerciantes, de sociedades comerciales en quienes el Estado ha delegado su soberanía. Como buenas compañías coloniales, no tienen un mandato ni una responsabilidad para con los habitantes de esta región, sino para con sus inversionistas. Este es el Estado en/de la frontera: un régimen que encubre el poder de los patrones y la brutalidad de sus métodos (como lo ilustra

5 Véase la página 151 de este libro.
6 Véase la página 29 de este libro.
7 Véase la página 146 de este libro.